

**Bernabe, Rafael. *Respuestas al colonialismo en la política puertorriqueña, 1899-1929.* Río Piedras: Ediciones Huracán, 1996.**

**Mariano M. Negrón**

*Centro de Investigaciones Sociales  
Universidad de Puerto Rico, Río Piedras*

Como bien se comenta en la contraportada del libro de Rafael Bernabe, "[l]a evolución política en Puerto Rico en las primeras tres décadas del siglo XX es un espacio particularmente complejo, repleto de sorpresas para quien decida examinarlo más allá de toda ortodoxia". A pesar de las dificultades, Bernabe logra una articulada discusión sobre las respuestas que se ofrecen en el país ante la nueva realidad colonial. Este análisis de algunos de los principales discursos políticos de la elite durante las primeras décadas del siglo se centra en el pensamiento de Rosendo Matienzo Cintrón, a quien el autor considera el principal crítico demócrata radical del colonialismo en Puerto Rico en dicho periodo.

Desde el principio de su libro Bernabe distingue a los protagonistas de la política isleña bajo el gobierno de los Estados Unidos: los reformistas colonialistas y los que se oponían al régimen colonial. En el primer grupo sobresalen líderes históricos de los sectores dominantes criollos como Luis Muñoz Rivera, José de Diego y Mariano Abril. En el segundo se destacan Eugenio María de Hostos, Rafael López Landrón, Luis Lloréns Torres y Matienzo.

Muñoz Rivera, idealizado por la clase intelectual autonomista, y de Diego, admirado por no pocos independentistas, son presentados por Bernabe en algunas de sus graves contradicciones (ya comentadas por otros estudiosos en el pasado). Así los vemos defendiendo a la elite azucarera criolla y distanciados de los sectores trabajadores a quienes se opusieron con dureza en diferentes ocasiones. Abril, por su parte, no

sólo desata "furibundas campañas contra el movimiento obrero sino que recogía en su discurso la visión del campesinado como el tipo esencial puertorriqueño". Visión ésta que, debo añadir, el nacionalismo ha utilizado históricamente para descalificar a otros grupos de la "verdadera" puertorriqueñidad.

Un punto importante que Bernabe discute con mucho acierto es cómo la no incorporación a los Estados Unidos, como condición política de Puerto Rico, le ha permitido a unos sectores sociales la afirmación de la puertorriqueñidad (definida de manera conservadora, valga añadir), a la vez que se mantiene bien asentado el sistema colonial en el país: "el autonomismo, precisamente porque combina y justifica prácticas de colaboración y reforma colonial con determinados reclamos de puertorriqueñidad, ha sido la política de las clases poseedoras insulares más adecuada a la reproducción de una relación que identifica a la isla, a la vez, como posesión mas no como parte de Estados Unidos" (p. 134).

La miopía colonial, según Bernabe, se extendía también al liderato del movimiento obrero que reducía los problemas fundamentales de los trabajadores a supervivencias del pasado español y al control de la elite criolla del gobierno local que utilizaba para perjudicarles. La expectativa de los líderes obreros de que el Congreso de los Estados Unidos favoreciera sus luchas les dejaba también, según el autor, atrapados en el reformismo, luchando dentro de los límites del régimen colonial.

No obstante, dentro de la elite criolla (y del movimiento obrero), no todas las voces se acomodaban al régimen colonial o proponían una república tropical donde la realidad social poco cambiaría en última instancia. Entre aquellos que tenían una visión más clara del colonialismo se encontraban figuras como Rafael López Landrón, Manuel Zeno Gandía, Lloréns Torres (por un tiempo) y, sobre todo, Matienzo. Bernabe analiza críticamente las posiciones de estos "demócratas radicales", comentando sus discursos y presentando sus contradicciones más significativas. Matienzo, como figura central de esta tendencia, recibe la mayor atención del autor.

Partidario de la modernización de Puerto Rico desde el 1898, Matienzo ingresa tempranamente en el Partido Republicano y defiende la estadidad para el país. No tarda mucho, sin embargo, en desilusionarse con el nuevo régimen colonial y buscar formas de transformar esta realidad plasmada políticamente en la Ley Foraker de 1900. Pocos años después, Matienzo se retira de dicho partido y participa de manera destacada en la creación del Partido Unión que tiene como eje las fuerzas (antes en el Partido Federal) lideradas por Muñoz Rivera. Finalmente, Matienzo se distancia también de los unionistas y funda el Partido de la

Independencia en 1912, poco antes de su muerte.

Matienzo, demócrata radical (no revolucionario), creía en la modernización democrática de la sociedad puertorriqueña. Fue anticlerical, defensor de la apertura social para las mujeres, enemigo del *trust* y de la plutocracia, partidario de la apertura cultural y cooperativista. Estadista en 1898, Matienzo evoluciona hacia el independentismo, aunque mantiene sus esperanzas en la transformación radical de la cultura puertorriqueña, consistente con la verdadera "americanización" (no colonial) de Puerto Rico.

Desde una perspectiva marxista, Bernabe examina la crítica de Matienzo al colonialismo y al imperialismo y concluye acertadamente que éste, a pesar de sus visiones más avanzadas, tampoco entendía la naturaleza del imperialismo. Por lo tanto, al igual que otros líderes locales, Matienzo tenía la esperanza de que un cambio de administración o de liderato político en Estados Unidos propiciara un cambio en la situación colonial de Puerto Rico. Por otro lado, Bernabe distingue a Matienzo distanciándolo de los defensores del canon de la llamada "identidad" cultural. Según Matienzo, "[a]sí como no podemos dejar de ser Puerto Rico cualquiera que sea el tiempo que transcurra, ya nada en el mundo puede transformarnos en el Puerto Rico que éramos".

El libro de Bernabe es parte de las reflexiones críticas que en las últimas décadas han tratado de repensar el estudio de nuestra historia y abrir debates sobre asuntos importantes en las ciencias sociales en Puerto Rico. *Respuestas al colonialismo* constituye un esfuerzo adicional por entender un periodo central de nuestra historia. Sin embargo, esta obra también nos deja con interrogantes y provoca cuestionamientos metodológicos.

El análisis de los discursos, aunque fundamental en el entendimiento de lo político, puede resultar insuficiente en el estudio de fenómenos como los movimientos sociales. Por ejemplo, categorizar al movimiento obrero, a través de su liderato, como reformista colonial, padeciendo una especie de miopía que le hacía ver al gobierno de Estados Unidos como un aliado e incapaz de entender el imperialismo y convertirse en una fuerza revolucionaria, es una visión algo estrecha de unos procesos complejos y contradictorios.

Aunque Bernabe hubiera preferido un movimiento obrero revolucionario marxista, se trataba de unos grupos de trabajadores en una pequeña colonia caribeña con un trasfondo organizacional muy limitado, frente a unas clases propietarias locales con una fuerte tradición de trabajo esclavo, forzado y coaccionado a su disposición y frente al capital de una metrópoli muy poderosa. No obstante, las organizaciones obreras tuvieron considerables logros, algunos de los cuales Bernabe

menciona. No se lanzaron a una revolución antiimperialista marxista, que era bastante pedir, ni lucharon por la independencia, lo que-- conociendo las posiciones retrógradas del grueso de la elite nacionalista puertorriqueña-hubiera significado el suicidio organizativo y la tiranía social. Lo que sí ayudaron a hacer, entre otras cosas, fue rearticular el balance de poder entre las fuerzas sociales en el país e integrar nuevos sectores (la mujer trabajadora, por ejemplo) en importantes luchas que es innecesario discutir en esta breve reseña.

Bernabe es efectivo en su crítica del nacionalismo tradicional y discute teóricamente lo que debería ser un mejor nacionalismo que sirva para alcanzar la independencia. Sin embargo, el problema es que el "buen" nacionalismo ha tenido, como bien refleja su libro, pocas influencias en el discurso nacional puertorriqueño. Es en el nacionalismo reaccionario, el realmente existente, que se ha apoyado principalmente el independentismo puertorriqueño durante todo el siglo veinte. Y todo parece indicar que ese nacionalismo nos seguirá acompañando en esta etapa histórica en que el régimen colonial parece haber entrado en otra crisis.

Bernabe termina su libro con una breve discusión sobre unos aspectos del pensamiento de José Celso Barbosa, el líder estadista de las primeras dos décadas del siglo, y con un ataque a los ideólogos de dicho movimiento por su oposición a la independencia. Resulta curioso el comentario final del texto dedicado a acusar a dichos ideólogos de darle más peso a su oposición a la independencia que a la democracia y la libertad. Bernabe tendrá sus razones para cerrar su libro de esta manera, pero lo cierto es que en Puerto Rico la oposición y el miedo a la independencia parecen haber pesado igual o más en los sectores autonomistas. En fin, su crítica de cierre a Barbosa no se centra en el pensamiento sociopolítico de éste, sino que se limita a examinar la posición de Barbosa que veía el futuro político de Puerto Rico en manos de Washington. Quizás el líder estadista estaba equivocado en su estrategia, aunque sería interesante preguntarse porqué todavía a fines del siglo casi todas las fuerzas políticas del país siguen acudiendo a Washington para que allí se debata nuestro futuro y se busque una salida al problema colonial.